

mentado de su precipitación al aceptar en tiempos anteriores el trono de Grecia sin garantías ni recursos, siguió esta vez mejor los consejos de Stockmar, su médico de cámara, consejero íntimo y agente, y puso por condiciones la admisión de las resoluciones de la conferencia de Londres por la nación belga y algunas concesiones nuevas á favor de la Bélgica en el arreglo de fronteras y de la partición de la deuda. Para alentarle en este camino propusieron 95 diputados su candidatura al congreso nacional, que efectivamente, le eligió

por rey el 4 de junio por 152 votos contra 44, con la condicion de que jurara la constitucion votada en 7 de febrero, sin exceptuar el artículo que fijaba los límites del nuevo Estado. A esto no accedió Leopoldo, pero en cambio logró que la conferencia de Londres modificara sus bases fijadas en enero y firmadas en 26 de junio, á favor de Bélgica, dejando pendiente la cuestion del Luxemburgo y dividiendo la deuda pública de una manera mas ventajosa. Por fin, habiéndole asegurado las potencias que le



Leopoldo I, rey de los belgas, segun el dibujo hecho por Baugnet en 1841

reconocerian aunque las bases citadas no fuesen admitidas por el rey de Holanda, aceptó Leopoldo la corona de Bélgica. Despues de nueve dias de debates tempestuosos prevaleció tambien en el congreso belga la conviccion de que para preservar al país de la anarquía era menester aceptar las bases del arreglo, y el 21 de julio entró el nuevo rey en su capital y juró la constitucion, aunque las tres potencias del Norte retrasaron lo posible el reconocimiento, y no lo habrian hecho nunca á no haberse vuelto á empeorar la situacion política en general.

En Italia estaban á punto de llegar á las manos el Austria y Francia, y en el parlamento de Paris la oposicion asediaba al gobierno para que se entendiera con Inglaterra y ambos países hicieran algo en favor de la infortunada Polonia. El

ministerio inglés vacilaba tambien, menos Palmerston, cuya opinion prevaleció sobre la de sus colegas, y la proposicion del gobierno francés fué rechazada, porque se sabia fijamente que el czar no retrocederia ante ninguna guerra para oponerse á toda intervencion. En Portugal don Miguel no quiso dar ninguna satisfaccion por el tratamiento brutal que sus sayones habian dado á un súbdito francés, y como el gabinete inglés se negara á intervenir, colectivamente con la Francia, esta se atrevió á proceder por sí y sin contar con su vecina. En efecto, el gobierno francés despues de enviar un ultimatum que fué rechazado por el portugués, mandó á Lisboa al almirante Roussin con su escuadra, el cual se llevó la portuguesa al puerto de Brest hasta haber recibido satisfaccion.

Esto bastó para que el rey Luis Felipe dijera en el discurso del trono al abrir la inmediata legislatura, que la bandera tricolor ondeaba en Lisboa, que los austriacos habian evacuado los Estados de la Iglesia, que serian arrasadas las fortalezas belgas que amenazaban la frontera francesa y que el Luxemburgo seria de Bélgica y no formaria parte de la confederacion germánica. Estas fanfarronadas causaron malísima impresion en Londres, aumentada todavia por la noticia cierta de que el congreso nacional de Bruselas habia admitido los diez y ocho artículos de las bases del arreglo, pero el gobierno francés instaba secretamente al rey de Holanda para que no admitiera por su parte estas bases y se entendiera en cambio con la Francia para repartir la Bélgica entre los dos, advirtiéndole que Soult habia conseguido la autorizacion de concentrar un ejército en la frontera belga, que hecho esto, la Francia reclamaria las fronteras de 1814. El caso fué que el rey Guillermo rechazó unas bases que disponian de su territorio y de sus derechos sin que sus autores se hubiesen dignado consultarle, y como habia aprovechado el tiempo para poner sobre las armas un ejército bien pertrechado é instruido, contando probablemente tambien con el auxilio de la Prusia y de la Rusia, rompió el armisticio y el 4 de agosto pasó la frontera belga con un ejército de 50,000 hombres. En semejante situacion, sin mas ejército que algunos cuerpos de milicia no fogueados, no quedó otro recurso al rey Leopoldo que prescindir de la constitucion y solicitar el auxilio de la Francia, la cual no se hizo rogar. El 10 de agosto el mariscal Gerard entró con un ejército en Bélgica. Ya era tiempo, porque pocos dias habian bastado á los holandeses para arrollar las posiciones de los belgas; el 8 se habia disuelto en desórden, sin disparar un tiro, el ejército del Mosela, mandado por el general Daine; el 12 fué derrotado el rey Leopoldo con el ejército del Escalda cerca de Lovaina, y á no haber sido por la intervencion de Inglaterra, habria tenido que entregarse, cortado como estaba. El gobierno británico obligó perentoriamente á holandeses y franceses á retirarse, y la conferencia de Londres impuso á ambos contendientes un armisticio; mas para no destruir su obra, humillando á los franceses, anunció que estos habian acudido á invitacion suya. Esto, sin embargo, dió nuevo aliento á la diplomacia de Paris para volver á sus proyectos de particion de la Bélgica ó por lo menos arrancarle algun trozo de territorio, y finalmente buscó evasivas para no retirar sus tropas; pero toda la diplomacia de Talleyrand y de Sebastiani se estrelló contra la entereza inexorable de Palmerston, que entonces escribió al embajador británico en Paris: «El gobierno francés nos viene siempre predicando que es preciso hacer ó dejar de hacer esto ó lo otro para contentar á la opinion pública de su país, pero debe recordar que tambien nosotros tenemos una opinion pública en Inglaterra.... Perier y su ministerio tienen valor para nosotros en cuanto quieran la paz y observen los tratados, pero si solo son maniqués que hacen lo que el partido extremo les prescribe, ¿qué nos importa entonces que se sostengan ó caigan?»

Prusia tambien exigió la retirada de las fuerzas francesas, y el mismo rey Leopoldo lo suplicó; de suerte que Perier hubo de ceder, cesó el fragor bélico y se volvió al trabajo de demolicion pacífica de una parte del edificio político construido por el congreso de Viena en 1815. Para apresurar la reconstruccion modificada, la conferencia de Londres, en calidad de árbitra, cargo que ella misma se habia arrogado, redactó y votó en 14 de octubre su fallo definitivo é irrevocable, formulado en 24 párrafos que las potencias representadas estaban decididas á imponer por la fuerza, en caso necesario, á las dos partes litigantes. Estos párrafos cuyo prin-

cipal autor era el ya citado embajador prusiano, arreglaban la cuestion territorial cediendo á la Holanda la parte de Limburgo situada á la derecha del Mosa, para unir á Maestricht al territorio principal holandés; se le cedia además el gran ducado de Luxemburgo menos la parte en que se habla el valon, que fué cedida á la Bélgica, la cual debia contribuir á la deuda antes comun con una renta anual de 8.400,000 florines holandeses (17.861,000 pesetas), pero se le reservaba el libre tránsito por el Limburgo y la libre navegacion del Escalda y de todas las aguas entre este rio y el Rhin.

Mucho costó á Leopoldo someterse á este arreglo, menos ventajoso que el anterior, y hasta quiso abdicar, pero su consejero Stockmar le conjuró que renunciara á esta idea para no exponer al país al peligro de ser dividido y repartido entre las potencias vecinas. Así, pues, unido con Weyer y con el general Goblet consiguió inducir á las cámaras á aceptar el arreglo, que el gobierno belga firmó en Londres el 15 de noviembre.

Quedó, sin embargo, en pié la cuestion de las plazas fuertes. Respecto de las de la frontera francesa decidieron los gabinetes de Londres, Berlin, Viena y San Petersburgo, en 14 de diciembre, arrasar cinco, á saber, Menin, Ath, Mons, Philippeville y Marienburgo, sin admitir la ingerencia del gobierno francés, que apuró inútilmente todos los recursos para mezclarse en este asunto, pidiendo finalmente pero con igual resultado, que en lugar de las dos últimas plazas se arrasasen Tournay y Charleroi. Al verse rechazados en todo, fué grande la indignacion de los franceses; el gobierno respondió al ultraje negando su ratificacion al arreglo hecho en Londres, y como esto tampoco produjo efecto, contentóse por fin con una concesion insignificante para satisfacer siquiera en algo la vanidad nacional de los franceses.

Mas obstinado mostróse el rey de Holanda, que habia acudido á su tiempo á sus parientes los soberanos de Prusia y Rusia suplicando que negasen tambien su ratificacion a arreglo, lo cual ambos le habian prometido; pero las circunstancias pudieron mas que su amor al derecho monárquico feudal; el emperador Nicolás trató, por medio del conde Orloff, de convencer al rey de Holanda de la necesidad en que se hallaba de ceder, despues que la Prusia y Austria lo habian intentado inútilmente; y como tampoco recabara nada la Rusia, abandonaron uno tras otro, primero el Austria, luego la Prusia y finalmente el czar, á su colega y pariente, y ratificaron el arreglo, reservando las dos primeras potencias los derechos de la confederacion germánica sobre el gran ducado de Luxemburgo. Esta desercion no arredró al rey Guillermo, que continuó ocupando la ciudadela de Amberes, mientras los belgas ocupaban á su vez la parte del Limburgo concedida á la Holanda. Esta situacion no podia durar, y despues de una tentativa inútil del gobierno inglés para inducir al czar á asociarse á una intervencion armada para zanjar á la fuerza las diferencias pendientes, los gobiernos de Inglaterra y de Francia anunciaron á la conferencia de Londres, en 1.º de octubre de 1832, su resolucion de obligar por la fuerza al rey de Holanda á someterse al arreglo. Contra esto protestaron las tres potencias del Norte, y no habiendo habido acuerdo, se disolvió la conferencia.

Todos los medios pacíficos se habian agotado, y por otra parte, el nuevo ministerio Soult, que en 11 de octubre se habia encargado del gobierno en Francia, sintió la necesidad de imponer á la oposicion con una actitud enérgica en el exterior, á cuyo objeto firmó en 29 de octubre un convenio con Inglaterra para reducir al rey de Holanda á someterse al arreglo de Londres. En un mismo dia las dos potencias embarcaron todos los buques holandeses que se hallaban en los puertos de ambos países, una escuadra anglo-francesa bloqueó

el Escalda, y el 15 de noviembre el mariscal Gerard, á la cabeza de un ejército francés, que representaba la intervencion europea, penetró por segunda vez en Bélgica, bombardeó la ciudadela de Amberes, obligando á capitular, en 23 de diciembre, á su valiente defensor el general Chassé, y despues de entregar la plaza á los belgas, repasó la frontera. A esto se limitaron las medidas coercitivas, porque las potencias del Norte, descargadas ya del temor de la revolucion polaca, que habia quedado sofocada, se interpusieron, decididas á no sufrir que se atropellara mas al rey de Holanda, su protegido, á cuyo fin firmaron en 9 de marzo de 1833 un convenio secreto. Esto fué causa de que las cosas continuaran todavia seis años mas en el estado en que se hallaban, los belgas ocupando el Limburgo y el Luxemburgo, y los holandeses los dos fuertes Lillo y Lifkenshoek que dominan el Escalda. Por fin el rey Guillermo cedió al clamor de su pueblo, agobiado por las cargas siempre crecientes, aceptando en 11 de marzo de 1838 los 24 artículos del arreglo, y lo mismo hicieron los belgas, para acabar con aquella situacion de incertidumbre que perjudicaba su industria. El 19 de abril de 1839 firmóse la paz por todas las partes interesadas en la cuestion belga; la confederacion alemana no protestó contra la disgregacion del gran ducado de Luxemburgo de la parte valona, que se habia incorporado á la Bélgica, y se le compensó esta merma del territorio federal con el ducado de Limburgo, que en adelante, junto con el resto del Luxemburgo, formó parte de la confederacion.

Al año siguiente abdicó el rey de Holanda en favor de su hijo Guillermo II, que reinó diez años. Durante muchos años sufrió el pueblo holandés las consecuencias de los esfuerzos excesivos hechos para oponerse á la separacion de la Bélgica, y si no quedó completamente arruinada su hacienda lo debió á los recursos que pudo sacar de sus colonias, que gracias al sistema económico del gobernador Bosch, prosperaron mas que nunca. La Bélgica tambien tuvo que arrostrar su parte de las consecuencias del divorcio, principalmente por la pérdida del mercado holandés, el cual le quedó súbitamente cerrado, como el rio Escalda, que hasta el año 1843 no fué abierto á la navegacion belga. Desde entonces comenzó, sin embargo, una nueva era económica para la Bélgica que gracias á la inteligencia y actividad de sus habitantes, á la riqueza minera de su suelo, principalmente en carbon y hierro ha llegado á ser uno de los países mas industriales de Europa; y gracias á la lealtad y sabiduría de su monarca ha llegado á probar la posibilidad de armonizar el principio monárquico hereditario con las instituciones populares y la separacion de la Iglesia y del Estado.

Con la separacion de la Holanda adquirió decidido predominio en Bélgica el idioma y la civilizacion franceses, pero poco á poco se rehizo el elemento flamenco, mas numeroso y mas lento, que pugna no sin éxito por conservar su idioma y su literatura.

Los belgas, segun se ve, no debieron su independencia á su propia fuerza, sino á la concurrencia de muchas circunstancias favorables que supieron aprovechar hábilmente. Por un lado se habia establecido en Francia la nueva dinastía de Orleans, cuyo representante deseaba ardientemente halagar la vanidad francesa con algun aumento de territorio; por otro, los monarcas absolutos y brutalmente feudales veían extenderse la revolucion con verdadero terror; habia la subida al poder del partido whig en Inglaterra, ministerio enérgico y decidido á conservar á toda costa la paz europea, y finalmente ocurrió la revolucion polaca, que ató las manos á las tres potencias del Norte, defensores decididos y furiosos del principio monárquico-legitimista-feudal.

POLONIA

Los polacos tuvieron solo en su favor su heroísmo indómito y desesperado. Las demás circunstancias políticas, tan favorables para la Bélgica, de nada sirvieron á la Polonia.

Nunca, ni cuando la Polonia era un país independiente, ni despues, habia gozado el pueblo polaco tanta libertad, bienestar y prosperidad como bajo el gobierno ruso desde 1815. Los pueblos nunca aprecian los bienes presentes como se merecen, y el polaco menos que todos se hallaba en disposicion de hacerlo ni menos de agradecer los beneficios recibidos, porque el odio al dominio extranjero y la tristeza de ver su país repartido entre tres monarcas eran los únicos sentimientos que le dominaban. Con ingratitud, rencor y traicion habian pagado al czar Alejandro la constitucion que este habia concedido á su país, y cuando luego cercenó y retiró su concesion, se aumentaron el odio y el furor de los polacos, que no habian sabido aprovecharla. Para mayor desgracia el virey de Polonia, el gran duque Constantino, era la persona menos á propósito para conciliar tales extremos. A pesar de haber renunciado al trono de Rusia en aras de su amor á su esposa, condesa polaca, abusó de su poder para rusificar el país despóticamente y cometió otros actos odiosos, aumentando con esto el odio al gobierno ruso y fomentando las conspiraciones. Así en poco tiempo se extendieron estas por toda la Polonia como tambien por Rusia, existiendo relaciones muy intimas principalmente entre los decembristas rusos y los conspiradores polacos, que contaban entre sus miembros toda la juventud escolar, gran parte de la oficialidad mas joven del ejército, la inmensa mayoría de la ínfima nobleza, tan numerosa como haragana y pobre, y muchos obreros, pero sin contar con un solo varon distinguido por su posicion social y cualidades personales. Fué descubierta la conspiracion rusa llamada de diciembre, como sabemos, pero los polacos comprometidos en ella fueron juzgados y absueltos por el gobierno de Varsovia, lo cual disgustó tanto al czar que ya no convocó las cámaras polacas, limitando, en cambio, la libertad de la prensa, y aun aplazó la ceremonia de la coronacion (como rey de Polonia) hasta el mes de febrero de 1829.

Cuando en Francia estalló la revolucion de julio existia, pues, en Polonia, aunque latente, la guerra entre el gobierno y los súbditos. No faltaron sobre este particular avisos al virey, pero aunque le dijeron que se trataba de una sublevacion que estaba próxima á estallar, no lo creyó, y continuó ofendiendo el amor propio de los polacos, aun los mas distinguidos, con su grosería, sus insolencias y soberbia. Obedeciendo una orden de San Petersburgo, hizo prender á varios miembros y jefes de la conspiracion, con lo cual estalló la mina prematuramente, porque entonces contábase mas que nunca con una guerra general y los conjurados temian que daria lugar á que se mandaran avanzar los regimientos polacos hácia el Occidente de Europa y fuesen reemplazados con tropas rusas. Un incendio fué la señal convenida (1) y la noche del 29 de noviembre una turba de estudiantes de la universidad y de la escuela militar sorprendió el palacio del virey, que á duras penas pudo huir y llegar á la aldea próxima de Wirzba, mientras los sublevados furiosos mataban á su ayudante y al director de policia. Al instante sublevaronse tambien los regimientos polacos y en toda la capital ondeó la bandera de la revolucion. A favor de la inactividad inalicable del virey

(1) F. v. Smitt, *Historia de la sublevacion y guerra de Polonia en 1830 y 1831*. La segunda edicion de esta obra, escrita en aleman y publicada en 1848, es favorable á la Rusia.—Hansen, *Recuerdos de un veterano de la campaña de 1828 y de la de Polonia de 1831*, obra tambien escrita en aleman y publicada en 1881.

pudo extenderse y robustecer el movimiento. El príncipe entró en tratos con los jefes revolucionarios, pero de un modo tan torpe que toda inteligencia se hizo imposible, y no teniendo fuerzas suficientes para oponer una resistencia eficaz, abandonó la Polonia con las tropas y empleados rusos, dejando á la revolucion dueño del país, con dos plazas fuertes Modlin y Zamosc, un ejército bien organizado y una administracion perfectamente ordenada. La autoridad del gobierno, dirigido por la alta aristocracia del país representada por el príncipe Lubecki, se extendió considerablemente y luego se reforzó con algunos notables del partido radical, como el príncipe Adam Czartorisky y el general Chlopicki, el antiguo compañero de Kosciusko. Las otras ciudades siguieron, bien que vacilando, el ejemplo de la capital, y finalmente la misma poblacion rural, libertada de la servidumbre y opresion de sus señores por el gobierno ruso, se dejó fanatizar y arrastrar por sus curas.

Apenas respiraron los polacos el ambiente de la libertad dieron al olvido las lecciones cruellísimas de su historia y renovaron sus tradicionales disensiones interiores. El partido aristocrático de los *blancos* queria la union personal con Rusia con el restablecimiento del antiguo régimen aristocrático, mientras que los demócratas ó *rojos* aspiraban á la independencia completa de Polonia y á la forma republicana. En el gobierno provisional que se encargó de la direccion del país y que fué instituido en 4 de diciembre de 1830, estuvieron representados ambos partidos, siendo jefe del primero Czartorisky y del segundo Lelewel, profesor que habia sido en la universidad de Wilna. Chlopicki, para acabar con la demagogia, se declaró, con el asentimiento de los hombres de opinion moderada, «dictador en nombre del rey,» hasta la reunion del parlamento.

Pero no se comprende que hubiese hombres tan obcecados como aquellos gobernantes que entrasen en negociaciones con el czar, el cual desde su subida al trono habia mirado con el mayor odio la constitucion otorgada por su predecesor á la Polonia, y creyeran que el mismo czar les concederia hasta la independencia completa y se contentaria con ser un mero rey nominal. A semejante pretension contestó el czar Nicolás en 18 de diciembre con un manifiesto en que llamaba á su pueblo á las armas para castigar á los rebeldes y traidores, diciendo: «Entraremos en Varsovia aunque la sangre nos llegue á las rodillas.»

Vanas resultaron tambien las esperanzas de los polacos tocante al auxilio extranjero. El gobierno prusiano no tenia ningun interés en proteger el restablecimiento de un reino de Polonia independiente, que habria puesto en peligro sus provincias polacas, en especial la plaza de Dantzig, ribereña del Báltico, y en su consecuencia movilizó algunos cuerpos de ejército para guardar las fronteras. En Austria, que tiene una poblacion polaca numerosa y muchas otras mas numerosas afines á la polaca, tuvo la causa de Polonia muchas simpatías, hasta entre los húngaros y aun entre los alemanes, pero Metternich, á pesar de considerar la supresion de la independencia polaca como un mal para el Austria, lo mismo que la habia considerado su predecesor Kaunitz, estaba demasiado ligado por sus principios legitimistas para pasar de la neutralidad rigurosa, y por otra parte, llamaron toda su atencion los sucesos de Italia. Así fué que el emperador no aceptó la proposicion de algunos polacos de sentar en el trono de Polonia al archiduque Carlos.

Quedaban la Inglaterra y la Francia. Palmerston declaró rotundamente á Wielopolski, enviado diplomático del gobierno provisional polaco, que Inglaterra no se hallaba en situacion de hacer nada en favor de Polonia, y Luis Felipe, satisfecho de que el czar Nicolás se hubiera dignado resta-

blecer las relaciones diplomáticas con la Francia, se hizo el sordo á las simpatías vehementes de los parisienses por la causa polaca y encargó al embajador Mortemart, á su partida para San Petersburgo, que aconsejara disimuladamente al gobierno de Varsovia á su paso por esta ciudad que no se hiciese ilusion ninguna tocante al auxilio francés.

El partido moderado polaco no consiguió mas que hacer perder á la causa nacional un tiempo precioso en el cual los polacos habrian podido atacar victoriosamente y de improviso á los rusos, con cuarenta mil hombres de tropas regulares, otros tantos irregulares armados de hoces, y con caballería ligera. La indignacion del parlamento fué grande, y el dictador general en jefe Chlopicki no tuvo mas remedio que dimitir. Ocupó su lugar el príncipe Miguel Radziwill, y con él subió al poder el partido democrático; y en 25 de enero de 1831 el parlamento decretó solemnemente, á propuesta del conde Roman Soltyk, el destronamiento de la casa de Romanoff.

Ya no quedaba mas recurso que probar la suerte de las armas, y este momento se acercaba á pasos agigantados, porque el general Diebitsch Sabalkansky acudia con ciento diez y ocho mil hombres por la Lituania, al través de los innumerables pantanos, solo transitables en invierno, por estar helados entonces. Las fuerzas polacas, en todo setenta mil hombres, retrocedieron lentamente ante el ejército invasor hasta la capital, en cuyas inmediaciones ocuparon la posicion convenida previamente. Allí hicieron frente al enemigo, mandadas por Chlopicki, que olvidando todos los agravios, sin graduacion militar oficial alguna, tomó la direccion de las fuerzas polacas en lugar del príncipe de Radziwill, persona militarmente inepta. En las dos batallas que se libraron cerca de Wavre y de Grochow, en 19 y 25 de febrero respectivamente, quedaron los rusos de hecho vencedores, pero los polacos combatieron con valor tan heroico é incomparable que Diebitsch, á pesar de haber tomado el arrabal de Varsovia llamado de Praga, no consiguió sofocar la insurreccion y retrocedió hasta el campo fortificado de Sienica, para aguardar allí la primavera y tropas de refuerzo. Esta retirada aprovechó Skrzynecki, sucesor de Chlopicki, gravemente herido en la batalla del 25 de febrero, para rehacer las pérdidas sufridas y caer, en 10 de abril, cerca de Iganir, á orillas del Muchawiec, sobre la division, demasiado desparramada, del general Rosen, hacerle en su retirada desordenada diez mil prisioneros durante los diez dias que duró la persecucion, y facilitar con su avance vigoroso al general polaco Dwiernicki la invasion de la Volhynia y la Podolia. El movimiento revolucionario se extendió entonces hasta la Lituania, donde se pusieron á su cabeza la condesa Emilia Plater y el feroz Matuszewicz. Skrzynecki era soldado valiente y arrojado, pero no era gran capitán; Prondzynski, su jefe de estado mayor y excelente estratégico, le instó inútilmente á que cayese sobre la division del gran duque Miguel, que mandaba los regimientos de la guardia imperial, antes de que Diebitsch pudiese socorrerlos. Pero Skrzynecki no siguió este acertado consejo, y llegando Diebitsch á unirse con el príncipe Miguel causó despues al general polaco una derrota, en 26 de mayo, cerca de Ostrolenka, á orillas del Narew, tan capital que decidió la suerte de Polonia. Gielgud, otro general polaco inepto, que penetró con diez y ocho mil hombres en Lituania, fué derrotado el 19 de junio, cerca de Wilna, por el general ruso Sacken, que le obligó á refugiarse en territorio prusiano, donde uno de sus oficiales le mató de un tiro, por traidor, antes de entregar sus armas á las autoridades militares prusianas. Dwiernicki efectuó su retirada forzosa al través de la Volhynia con habilidad admirable, y penetró en Austria, donde fué desarmado con su gente.